



V.

CÁDIZ.

1625.

Confederación contra España.—Consultas del Gobierno.—Opiniones favorables á la guerra ofensiva por mar.—Armamentos.—Embargos.—Francia y Saboya invaden el Genovesado.—Salva á la capital el Marqués de Santa Cruz con las galeras.—Reconquista las plazas del litoral.—Rompe el inglés las hostilidades.—Es rechazado en Cádiz.—Cruza inútilmente en acecho de las flotas de Indias.—Llegan éstas sin accidente.—Fiesta instituída en acción de gracias.—Retiranse los ingleses con gran pérdida.—Nuestras naves en Flandes.

HABÍASE ido encapotando el horizonte político de Europa, haciendo presentir próxima tempestad á los menos observadores. Francia, descontenta del sesgo de los negocios de la Valtelina, los revolvía amparando á los calvinistas en los cantones al mismo tiempo que oprimía á los de su casa.

En Inglaterra germinaba el disgusto, mortificado el amor propio del Rey, más aun el del Príncipe, y sobre ambos el del Duque de Buckingham, en cuyas manos habían de estar pronto los destinos de las islas Británicas, por el mal sesgo de las negociaciones de matrimonio del segundo con la infanta D.^a María, y dos ambiciosos de mucha cabeza, el Conde del Palatinado (en alemán *Pfalz*) y el Duque de Saboya, atizaban el fuego de las pasiones, prometiéndose aprovecharlo.

La inteligencia entre Francia, Saboya, Venecia y Suiza se hacía palpable en las miras de deshacer el mapa de Italia arre-



glándolo á su gusto, trasluciéndose los trabajos con que cada una de las entidades de la Liga procuraba atraer á ella, con Holanda é Inglaterra, á los protestantes de Alemania, y con el Papa á los potentados de la península repartible. Tratábase de una amalgama general en Europa, Asia y Africa que destruyera, que anonadara á la nación católica, á reserva de solventar después las diferencias entre partes.

Preludio de la borrasca fué la acometida súbita y ocupación por los franceses de las plazas puestas en depósito del Pontífice, acción seguida por la corte de Madrid con preveniciones que aseguraran á Milán y á Génova, inmediatamente amenazadas, y en lo que daba más lugar alejara el riesgo de lo de casa.

Debió de pedir entonces el Gobierno pareceres á las personas significadas, independientemente de las que componían los Consejos de la Corona, pues son varios los que en los archivos se encuentran, examinando, cual si respondieran á un cuestionario, la situación y recursos de la nación y los medios de combatir á sus enemigos, opinando los más, con rara coincidencia, que la guerra fuera ofensiva por mar, defensiva por tierra, aseguradas con buena fortificación las plazas de Cádiz, Gibraltar y Cartagena.

No es extraño que fuera ésta la opinión del coronel Semple; al sentar que los males de España procedían de haber descuidado la mar y el comercio, y que no se repararían sin arreglar la Hacienda, acudir al remedio del corso en Flandes, hostigar á los holandeses en las flotas y en las pesquerías, distraer sus fuerzas á fin de que no las enviaran á las Indias y mantener respetable escuadra permanente en el Océano, no hacía más que repetir lo expuesto con insistencia desde el reinado de Felipe *el Prudente* ¹.

¹ Sir William, ó Guillermo Semple, coronel al servicio de España, buen soldado y hábil político, vino el año 1573 con otros compañeros de la primera nobleza de Escocia, por orden de la reina Maria Stuart, de quien fué criado muy afecto. Tiene artículo biográfico en la *Biblioteca Marítima* de Navarrete, t. 1, pág. 606, y en la *Colección de documentos inéditos*, del mismo autor, existente en la Dirección de Hidrografía, t. IX, números 1 y 2, se hallan manuscritas dos disertaciones sobre el particular de que aquí se trata, con título común de *Discurso general sobre el reme-*



D. Fadrique de Toledo en la jornada del Brasil.

Cuadro de Félix Castelló en el Museo nacional.





Tampoco es sorprendente que participara de las mismas ideas D. Luis Garabito de Aguilar habiendo servido en paz y en guerra en las Indias y tenido mucho que entender con holandeses¹; mas no parece tan natural la generalidad del pensamiento de dominar la mar en personas ajenas á su vida².

Lo difícil en la grave complicación de los negocios no era discurrir, sino ejecutar, apartadas del centro de acción como, estaban casi todas las fuerzas navales por la jornada del Brasil y por el peligro de las flotas de Indias, que motivaron la expedición á Ultramar de las escuadras del Océano, Estrecho, Nápoles, Vizcaya, Guipúzcoa y Cuatro Villas. Al aprieto en que los marroquíes tenían á las plazas de la Mámora y Larache atendieron las naves del Almirantazgo, empezando á prestar excelente servicio, enaltecido en combates con las

dio de los males que padecía la monarquía española, por medio de una guerra ofensiva por mar y defensiva por tierra. Fecho á 10 de Febrero de 1625. Presumo sea también suya la Memoria sobre las causas de la decadencia de España desde Carlos V hasta 1629 y los medios que debieran emplearse para volverle su antiguo poder y grandeza, escrita por encargo del Conde-Duque, teniendo el autor ochenta y seis años, según dice en el principio. Está publicada en la Colección de documentos inéditos para la Historia de España, t. IV, pág. 5. Dedicué noticia al coronel Semple en mi obra La Armada invencible, t. I, pág. 158.

¹ En la misma Colección y tomo de Navarrete están manuscritos sus *Discursos de Estado y Guerra para conyugar la causa de Dios que defiende el católico y potentísimo Don Felipe IV.....*, obra extensa del mismo año 1625, dedicada al Rey, dividida en dos partes, y cada parte en dos discursos. Uno versa *Sobre los medios de mantener escuadras y construir bajeles en las Indias Occidentales para conservación y mantenimiento de aquellos dominios*, tratando la materia con mucha competencia. Señala como de primordial importancia el orden en la administración; recomienda la instalación de arsenal con almacenes y depósitos, porque «sería para el servicio como la provisión de una estampa, que con las mismas letras hace muchos libros diferentes»; que los navios se hagan fuertes y veleros; se elijan sus capitanes y marineros mandando estimar y favorecer á éstos y á los pilotos, «pues son muy mal tratados y se van antes á Berbería que al servicio». Una vez construido el material, formar escuadra de 30 galeones y tenerla constante desde Dunquerque al Este, en Flandes, molestando á los holandeses sin dejarles holgar.

² Hasta el núm. 9 del referido tomo llegan las Memorias semejantes, siendo de citar el *Discurso del conde D. Antonio Xelcy sobre la Liga que hicieron todos los reyes y potentados de la Europa, Asia y África, á solicitud del Rey de Francia, contra la monarquía de España, y en particular de las prevenciones de armadas para su conservación y fomento del comercio*. Firmado en Granada á 25 de Marzo de 1625. Hállase entre estos papeles la consulta que se hizo al Consejo de Estado.



escuadrillas de piratas de Salé y de Argel, que produjeron la captura ó destrucción de bajeles. A la diversión en Flandes y Canal de la Mancha seguían dedicados los corsarios de Dunquerque con actividad y arrojo nunca bastante elogiados. Dos veces entraron en los bancos, causando enorme destrozo en las pesquerías, y sin cesar merocaban los convoyes mercantiles. En protección de los nuestros se habilitó en Pasajes división á las órdenes de D. Antonio de Isasti, que bastante tuvo que hacer con turcos y moriscos ¹; mas todo ello era bien poco; se ordenó la organización de armada con que suplir la falta de la del Océano, encomendando á Larraspuru Juntara en Lisboa (21 de Marzo) seis galeones del Duque de Maqueda, cinco de Judici, cinco de la escuadra de Guipúzcoa, uno de D. Alonso de Idiáquez, seis de Martolosi, doce del Almirantazgo, elevando la cifra á 61 con la agregación de 16 extranjeros fletados en aquel puerto y en el de Cádiz.

A la vez se despacharon diversas providencias, entre las que, si algunas concurrían al fin perseguido, en su mayor número el de estimular el curso de particulares en España y Flandes, resultaron otras contraproducentes, como fueron las de embargo general de los bienes de súbditos franceses, á que respondió con declaraciones semejantes el rey Luis XIII; las de restricción de comercio y las de definición de contrabando, acompañadas de tantas precauciones, requisitos y trámites que acabaron por anular la contratación marítima ², al paso que con otras no mejor meditadas se hería mortalmente á las industrias. Este año 1625 se aprestaban en San Sebastián para la pesca en Terranova 41 navíos, con 295 chalupas y 1.475 hombres, y sin reparo alguno se detuvieron marineros y embarcaciones, aplicándolos á la armada Real ³.

El armamento de Lisboa dió inmediato resultado, saliendo el general Larraspuru al encuentro y custodia de las flotas, por tanto número de navíos holandeses, turcos y argelinos acéchadas, que llegó á dudarse acabarán su camino, aunque

¹ Colección Vargas Ponce, legajos v y xxiii.

² Abreu, *Colección de Tratados*.

³ Colección Vargas Ponce, leg. v.



se habían despachado avisos al Marqués de Cadereyta y autorización para prescindir de la recalada en Cádiz, pudiendo hacerla en cualquier puerto de Galicia. Así causó alegría y demostración desusada la aparición de galeones y naos en salvamento, sin desvío de la ruta ¹.

A todo esto se fué desenvolviendo la tela de Italia, poniendo á descubierto que se buscaba el primer hilo en el Genovesado, la entrada simultánea de los ejércitos de Francia y de Saboya, rápidos en la ocupación de las principales plazas y en el avance hacia la capital, que, sola con Saona, sirvió de refugio á los aterrorizados gobernantes de la República, y acabaran quizá brevemente su ministerio á no acudirles el Duque de Feria con socorro de tropas de Milán y el Marqués de Santa Cruz, que desde Mesina á Nápoles y de Nápoles á Génova, reuniendo 23 galeras y á su bordo los tercios de españoles, entró en el puerto, alborozando á los decaídos espíritus de los ciudadanos ².

Poco tardó en cambiar la escena: unidas á la escuadra las galeras del Duque de Tursi y tres más que condujeron 600 hombres de Palermo, tomó el Marqués de Santa Cruz la ofensiva señoreando el mar; destruyó en las islas Hières tres naves francesas; sitió y rindió sucesivamente las plazas de Alvenga, Puerto Mauricio, Veintimiglia, Lovan, Gandore, Casanova, Oneglia, Triola, Castelfranco, Bigran, San Remo, Campo Roso, con lo que no quedó en el litoral almena por los franceses, y avanzando por el interior el de Feria, pronto se volvieron á su país, y á Turín el Duque de Saboya mohino, habiéndose cumplido vaticinio suyo. Dijo al empezar

¹ Á 7 de Febrero anotó León Pinelo en el Registro del Consejo de Indias, folio 12: «Por la llegada de la flota y galeones mandó su Mag. se dijese 110.000 misas y se libraron 208.000 reales.» Academia de la Historia.

² «Estaba horrible, retratando una Ninive amenazada, abiertas siempre sus iglesias, vacías sus tiendas y cerradas las numerosas oficinas; los religiosos ocupados en procesiones, las mujeres en lastimosas rogativas, los caballeros en discursos, y el pueblo loco en amenazas; mas todo al punto mudó forma con nuestra vista y se llenó de parabienes de alegría.» Céspedes, fol. 223. — Una relación impresa en aquella ocasión de conformidad, queriendo dar idea de la impresión causada en Génova por la llegada de nuestros soldados, consigna que una dama se dejó decir había muchos días que deseaba oír en las calles un *voto á Cristo!*



la campaña que había de entrar en Génova su estandarte: entró arrastrando, por haberse apresado la galera capitana en que lo tenía arbolado. Cuenta con la presunción.

Cambio de importancia produjo, por otra parte, el fallecimiento del rey de Inglaterra, si molesto con España, no decidido mientras vivió á escuchar las instancias de rompimiento que le hacian su hijo Carlos y su yerno el conde Palatino, instigados por los de la Liga de Francia. El sucesor no dió momento de reposo á la impaciencia: mediado el año 1625 comunicó secretamente las órdenes (*warrants*) de leva general de marineros y apresto de 100 naves de más ó menos porte; llevó de Holanda 2.000 hombres de tropas veteranas; organizó nuevos regimientos hasta el completo de 10.000 hombres, pensando enviar toda esta fuerza al encuentro de los galeones de España que debían llegar de las Indias por el mes de Noviembre y batir algún puerto de la Península.

Nuestros historiadores se han extendido poco en la narración de la empresa, y no más lo han hecho los de Inglaterra, habiendo de registrar sucesos mortificantes al amor nacional ¹; pero habiéndose formado lo que hoy llamaríamos investigación parlamentaria, salieron á luz datos útiles á la Historia ², habiendo de aplicarla á la enseñanza, y así como en este concepto, en los estudios de la ARMADA ESPAÑOLA voy señalando sin disimulo ni atenuación cuanto me parece sujeto á la severidad de la crítica, así juzgo equitativo el aprovechamiento de ejemplares por donde se noten los vicios de generalidad en cada época, como en el presente aparecen los de la marina británica.

Crejóse en un principio que mandaría la expedición el Duque de Buckingham, viéndole en los puertos activando el armamento. No era así: la dirección general se confirió á Eduardo Cecil, hijo del ministro de la reina Isabel, que había guerreado en Holanda, creándole al propio tiempo Par

¹ Rushwort, Howell, *Britania triumphant*, Monson, Lediard.

² Lord Landsdown publicó diario que contiene los cargos hechos por el Conde de Essex y otros nueve jefes al Vizconde Wimbledon, general de la escuadra, la defensa de éste, y relación de los acaecimientos de la jornada.



del reino, con los títulos de lord Cecil y vizconde Wimbledon. A sus órdenes iban el Conde de Essex, hijo del que saqueó á Cádiz en 1596, vicealmirante; el Conde de Denbigh, contraalmirante, y los generales del ejército lord Delaware y lord Cromwell.

Del 3 al 8 de Octubre fueron dando vela los navíos preparados en Falmouth, Plymouth y puertos contiguos hasta reunirse á vista del último nombrado 96. El viento, favorable á la navegación que habían de hacer en aquellos días, cambió el 12 en temporal furioso que dispersó la armada, causó averías á muchos de los buques, y algunos destruyó por completo.

El día 20, montado el cabo de San Vicente, convocó el Almirante á Consejo para determinar el plan de campaña, no estudiado ni decidido de antemano, como fuera natural. Wimbledon declaró su intención de hacer desembarco en Sanlúcar, y se le advirtió ser la rada peligrosa é inaccesible á las naves mayores: otro de los generales propuso tomar á Gibraltar como base de operaciones; la mayoría, tras larga discusión, decidió la entrada en la bahía de Cádiz y el desembarco en el Puerto de Santa María.

No estaba la plaza en el abandono en que la hallaron al verificar la anterior invasión los britanos: tenía fortificación y presidio permanente, al que se fueron añadiendo compañías de milicias de las ciudades andaluzas así que hubo rumor de guerra. Sobre aviso vivía el Duque de Medina-Sidonia, y por petición propia, agradecida del Rey, desempeñaba el gobierno D. Fernando Girón, de los Consejos de Estado y Guerra y Junta de Armadas ¹. En bahía estaban siete galeras de la escuadra de España, con su capitán general, el Duque de Fernandina, y 14 galeones y naos llegados en aquellos días del Brasil bajo la insignia del Marqués de Cropani ², por ausencia en Málaga de D. Fadrique de Toledo, con mayor número de bajeles.

¹ Correspondencia del Duque de Medina-Sidonia, *Colección Navarrete*, t. xxxii.

² Ó Coprani, en variante de relaciones.



Era el 1.º de Noviembre cuando descubrieron los vigías, y contando fueron los bajeles enemigos con banderas inglesas y del Palatinado ¹. El número pareció á los cabos de nuestros galeones harto desproporcionado para esperar, fondeados cual estaban, y fuéronse entrando por el caño de la Carraca, quedando á retaguardia las galeras, que cañonearon á las entrantes hasta tenerlas encima. Aquella noche envió el Duque de Fernandina por tierra 4.000 hombres de la armada á Cádiz; salió por el canal de Santi Petri á la mar, y dando la vuelta, puso en la plaza otros 300 soldados y cantidad de provisiones tomadas en el Puerto de Santa María. De las poblaciones del interior llegaron más refuerzos.

Indecisos los ingleses, emplearon el día siguiente en deliberaciones de los jefes, sin otra determinación que arrimar 25 naos de las más gruesas al fuerte del Puntal, armado con ocho piezas de artillería y guarnecido de unos 100 hombres á cargo del capitán Francisco Bustamante. Lo batieron todo el día tercero, apagando sus fuegos antes de verificar el desembarco del ejército, y acordaron al capitán Bustamante honrosa capitulación, consintiéndole salir y retirar con armas y bandera á los 30 hombres sanos que quedaron ².

Ocupado el fuerte y establecida una batería de campaña sobre el camino de Cádiz, avanzó hacia el puente de Suazo un cuerpo de 1.500 infantes, extendiéndose el resto de mar á mar por la almadraba de Hércules. Lord Wimbledon se alojó

¹ Ponen los documentos ingleses la entrada en 21 de Octubre, teniendo la cuenta del tiempo atrasada por no haber adoptado aún la corrección gregoriana.

² Narra poéticamente los hechos culminantes la comedia de D. Rodrigo de Herrera *La fe no ha menester armas, y venida de los ingleses á Cádiz*, y de este particular dice:

«Escuadras de á diez y doce
de suerte al Puntal apuran,
que apenas de sus cimientos
quedo entera piedra alguna.
Don Francisco Bustamante,
viendo ya sus fuerzas nulas
y las piezas apeadas
y que su gente le culpa,
por ser la más miliciana,
de que así su muerte anuncia,
rindióse á partido honroso,
sacando las armas suyas.»



en una casa de campo, propiedad de D. Luis de Soto; en las inmediatas se acomodaron oficiales y soldados procurándose provisiones, y en tanta abundancia encontraron la de vino, que al anochecer andaba la tropa alegre. Un pelotón de ella forzó la guardia é invadió la morada de su General, injuriándole.

«El tumulto fué tal (dice la relación inglesa), que parecían los soldados bestias feroces, siendo necesario oírlos con paciencia y separarlos de la casa como se podía; el Estado mayor pasó la noche en tal faena, sin reposar un instante.»

Dió motivo esta demostración de indisciplina para que el día 4 volviera á reunirse el Consejo, poniendo á discusión si convendría formalizar el sitio ó adoptar distinta determinación, ofreciendo inconvenientes á cuantas se insinuaron el ánimo de los jefes, poco menos desordenado que en los regimientos. Al sitio se opuso la mayoría, alegando la falta de tren de batir, la fuerte disposición de la plaza, el servicio que la prestaban las galeras, pasando sin que los navíos pudieran impedirselo, la inexperiencia de los soldados suyos; pretextos con que cohonestar el deseo de no seguir la empresa al fin decisivo.

Empezaron el reembarco la mañana del 5, habiendo talado las viñas de la isla y puesto fuego á la almadraba y á las casas de campo. Cubrió la retaguardia el Conde de Essex con un cuerpo de mosqueteros y dos piezas de campaña, teniendo bastante que hacer, pues notado el movimiento, haciéndose conducir en silla de manos D. Fernando Girón, por no consentirle la gota movimiento de los miembros, hizo enérgica salida hacia la playa, marchando á vanguardia 500 hombres de las galeras y galeones, que cargaron poniendo en confusión á los britanos, de forma que disparaban las armas sin hacer distinción de amigos ó enemigos y volaron sus propios repuestos de municiones. Con el pánico abandonaron bagajes y víveres, ahogándose algunos de los que se echaban á nado, y quedando unos 60 dispersos.

El día 6, reinstalados en sus navíos, trataron de apoderarse de los que se habían refugiado en el caño de Puerto Real,



atacándolos con las embarcaciones menores sin mayor efecto; había cerrado el canal, sumergiendo cascos viejos, el almirante Roque Centeno, y tras ellos hacían las galeras defensa determinada. Otra acometida por el Puerto de Santa María encontró semejante resistencia, y fué la última; hizo el Almirante señal de dar la vela, decidido por el Consejo un crucero al Oeste del cabo de San Vicente, en espera de las flotas de Indias, y el día 7, sin reparo en el vendaval reinante con chubascos y aguacero, salieron de la bahía, incendiando por despedida dos naos suyas, en que habían depositado los cadáveres recogidos.

Una parte de la flota codiciada pasó á la vista de la inglesa sin molestia ¹. Continuaba la discordia de los generales paralizándolo su acción. A los diez y siete días de aguardo en el Cabo, las quejas y recriminaciones, exacerbadas con la escasez de agua y desarrollo de mortífera epidemia, constrañeron al Almirante á ordenar la retirada, en lucha con la mala fortuna. Los temporales y vientos contrarios se mostraron tenaces; creció la mortalidad en los enfermos; dos navíos, el *Robert Ipswich* y el *Constance*, zozobraron, pereciendo cuatro compañías; otros que quisieron proveerse de agua enviando las lanchas á las rías de la Coruña, tuvieron descalabro con pérdida de gente.

Tal es, en resumen, el resultado de la famosa expedición dispuesta por Carlos I, por testimonio nada sospechoso de documentos ingleses comparados con los nuestros ².

Pensando Rushword que la nación no podía considerar sin desagrado que escuadra tan fuerte volviera destrozada, escribía: «¿A quién ha de culparse? No se sabe todavía más sino que á nadie se ha exigido responsabilidad. El Almirante vivió algún tiempo alejado de la corte, pendiente de la acusa-

¹ *The plate-fleet*, Campbell, *Lives of the British Admirals*.

² La mayor parte de los críticos ingleses, especialmente el secretario Burchett, negaron á lord Wimbledon las dotes de mando y de capacidad requeridas por la empresa, opinando que á su elección debía atribuirse el mal suceso. Firmaron el pliego de cargos contra él Robert Essex, Charles Rich, Edward Raswood, Henri Valentia, Edward Conway, John Burgh, Thomas Cromwell, Michael Geere, John Watts y John Chudleigh, generales y jefes de mar y tierra.



ción de los jefes subordinados, y hubo de defenderse ante el Consejo de guerra; pero acusó á su vez á los otros de desobediencia á sus órdenes. Las inculpaciones recíprocas, la dilación de las actuaciones sirvieron para garantir á delincuentes, no para lavar á la nación de la deshonra.»

Con no menos energía se significó el historiador marino W. Monson: «La pasión, la rivalidad, la insuficiencia, son siempre causantes de fracasos en mar como en tierra. Ningún ejemplo mejor que el de la malhadada expedición de Cádiz, porque quizá no volverá á presentarse ocasión mejor de dañar á España. Si la empresa se hubiera confiado exclusivamente á la marina, no se ofrecieran tantas dificultades, sabido como es por experiencia que la dualidad conduce á la anulación y ruina de los dos elementos. Cuando se meditó la jornada no era misterio que la armada española había tomado á los holandeses la ciudad de Bahía en el Brasil, y que había de regresar cargando más de un millón de libras en oro, plata y mercancías. Pudiéramos haber hecho esta presa facilísimamente, no estando prevenido el enemigo por ningún acto anterior de hostilidad que le hiciera tener á nuestras naves por sospechosas (!). ¿Qué otra cosa había que hacer sino rumbo directo á las Azores, por donde las españolas tenían que pasar, y por donde, en efecto, pasaron separadas y desapercibidas? Allí las hubiéramos sorprendido y tomáramos más plata de la necesaria para vengar á S. M. de las injurias recibidas. Disminuyéramos á la vez las fuerzas contrarias en 50 ó 60 de los mejores galeones, pérdida que pusiera á la nación en estado de no emprender nada serio; pérdida de que no se repusiera tal vez en el transcurso de un siglo. Nada de esto ignoraban los jefes de la escuadra; instruidos iban, ¿por qué no lo realizaron?»

Véanse todavía dos cartas publicadas en Londres mucho después ¹, empezando por la de Sir Thomas Love, capitán de bandera del Almirante:

«Al muy honorable mi Lord Conway, secretario de la

¹ Colburn's, *United service magazine*, Septiembre 1867.



muy excelente Majestad del Rey.—Muy honorable señor: Sirvase su honor admitir la breve relación de ocurrencias de nuestra ruda campaña de invierno. Catorce días después de la marcha de Plymouth llegamos á la bahía de Cádiz, donde se hallaban 12 ó 13 navíos de guerra de Nápoles y el Brasil, cinco ó seis mercantes y 15 galeras. A nuestra aproximación dispararon todos la artillería, picaron los cables y se entraron en Puerto Real con 10 galeras, cerrando la entrada del caño con barcos á pique, en forma que no pudimos intentar nada contra ellos. A la mañana siguiente, domingo, ascendieron nuestros bajeles, atacaron al fuerte, desembarcaron la tropa y se tomó con unos 200 hombres de guarnición y ocho cañones de bronce. Allí estuvimos seis ó siete días sin cesar de llover y sin nada con que poner á cubierto á la tropa. Hallamos á la plaza tan fortificada que no era posible expugnarla sin sitio formal, para el que no íbamos preparados; por tanto, determinamos volver al cabo de San Vicente en busca de la flota de Indias, según manifesté á su Honor extensamente en carta anterior á ésta. Cruzamos unos veinte días, en cuyo tiempo hubo muchos enfermos; los víveres resultaron malos, escaseó el agua, y los navíos, especialmente los del Rey, se hallaban en tal mal estado que fué preciso echar á fondo uno de los queches, pasando los soldados á otros. En atención á estas circunstancias pareció la mejor resolución volver á Inglaterra, como se hizo, con vientos contrarios y temporales. Nuestro navío partió la verga de trinquete por cuatro partes, el palo en dos; rifó casi todas las velas, siendo las jarcias malísimas. A vista de Scillaj era el viento de tal violencia que no podíamos aguantar, faltos de brazos por los muchos muertos y enfermos. Vímonos obligados á arribar en demanda de puerto á Irlanda, y al llegar había cinco pies de agua en la bodega. Aquí hemos desembarcado á los dolientes; mi Señor presidente de Munster ha procedido noblemente ofreciéndonos refuerzo de gente, sin el que no podría salir el bajel á la mar. Unos 20 más de la escuadra han sido arrojados por el temporal al Oeste de esta isla..... Thos. Love. Kinsale, 11 de Diciembre de 1625.»



La segunda carta, dirigida por el comandante del navío *Saint George* á su familia, es más franca:

«Ventry, 11 de Diciembre.—Querido hijo: Esta tiene por objeto informarte de las ocurrencias del viaje. El 8 de Octubre salimos de Falmouth en compañía de 30 navíos, con hermoso tiempo, y el siguiente día nos unimos á los de Plymouth, componiendo un total de 96. El 12, temporal duro, que nos dispersó con pérdida de algunos, hundidos con toda su gente. Yo quedé en conserva de otros cuatro, y el 17 avisté al cabo de San Vicente, punto de reunión, donde plugo á Dios enviarnos las mejores noticias para el resultado de la empresa, por haber caído en nuestras manos una embarcación española conductora de pasajeros, que nos informó de la salida de Canarias de cuatro carracas en dirección de Lisboa, donde se hallaban de 30 á 40 navíos de guerra del rey de España en espera de la flota de Indias para escoltarla, lo que no hubiera impedido que la aprehendiéramos á no ser por culpa de algunos, que espero tendrán que responder de sus actos. El 19 se juntó toda la escuadra á vista del Cabo. El 20 acordó el Consejo de guerra ir á la bahía de Cádiz; entramos el 22 en ella sin ser esperados: antes bien creyeron los españoles que llegaban las naos de Indias hasta que, muy cerca, nos conocieron por las banderas. Dirigía la vanguardia el Conde de Essex, y llegando á la altura del Puerto de Santa María salieron á su encuentro nueve galeras; seis de ellas escaparon hacia Puerto Real; tres se volvieron á Cádiz, donde había 18 ó 20 bajeles de guerra, que dieron la vela, y como las galeras se fueron adentro sin que orden se nos diera de perseguirlas, toda la escuadra ancló. El Almirante reunió el Consejo á fin de determinar, y únicamente dispuso que ciertos navíos batieran por la noche el fuerte del Puntal con artillería gruesa. A la mañana siguiente hizo lo mismo la mayor parte de la escuadra, gastando sobre 2.000 balas, y hacia las cuatro de la tarde se dió orden de desembarcar y acometer. Saltamos á tierra con pérdida de gente, mas no se dió el asalto; formaron los soldados en el camino de Cádiz; los españoles del fuerte pidieron capitula-



ción ; muchos se tiraron por la muralla, y se permitió al resto retirarse con armas y banderas.

»Tras varios días consumidos sin provecho, la brillante tropa que alegraba la vista con tan buenos jefes y oficiales, sin tener oposición, pues apenas se vió un ciento de españoles disparando á larga distancia, estaba reembarcada sin ningún intento.

»Dimos la vela. El 31, á distancia del puerto avistamos cuatro naos de la flota de Indias que pasaban pacíficamente ante nuestra escuadra y se fueron con toda tranquilidad á Cádiz ó Sanlúcar.

»El 4 de Noviembre estábamos de nuevo sobre el cabo de San Vicente, donde volvió á reunirse el Consejo, expresando el Almirante su deseo de cruzar por los 36 á 37° de latitud en aguardo de aquellos que estaban ya cómodamente en su puerto, y pasando el tiempo, que fueron sus propias palabras: las observaciones de los capitanes representando la escasez de bastimentos y la enfermedad de las tripulaciones, no le convencieron ; había de gastarse el tiempo, y tan mal se gastó, que no es otra la causa de morir muchos hombres, y témome que no pocos navíos, pudiendo estar todos en Inglaterra.

»Dios ha permitido que con todo eso, y á pesar de los temporales, hayamos tomado en Irlanda este puerto, bastante seguro, que se llama Ventry. El 8 del corriente me encontraba, con otras seis naves, á unas ocho leguas de la costa nuestra ; pero tales vientos soplaron del Este que fuimos arrollados con las velas hechas trizas, destrozada la manobra, sin luces, con poca agua, y ésta hedionda, 50 muertos, 100 enfermos y no más de 10 en aptitud de servicio. A no alcanzar este surgidero pereciéramos en la mar, lo que temo haya ocurrido á otros de la escuadra. ¿Qué será de nosotros? Dios lo sabe, no habiendo en esta tierra recursos con que proveernos de marineros.

»Me consuelo con mandar navío tan bueno como pueda haber en toda la cristiandad. No lo tiene mejor S. M., aunque el aparejo, cabullería y toda especie de pertrechos está



en malísimo estado, siendo de advertir que un juego de velas perteneció al antiguo *Triumph* el año 1588, y el otro, que tenemos por mejor, fué excluído en el *Anne Royal*: la obencadura de proa había servido mucho tiempo al *Garland*. No es sorprendente que velas y cabos estén hechos pedazos; lo que lo parece es que al sacar la jarcia de respeto y abrir las piezas perfectamente alquitranadas, como si fueran nuevas, aparecieran llenas de costuras. Este buque no ha tenido todavía un juego de velas cortado para él: dejó á la consideración de los hombres honrados juzgar si se abusa en el servicio de S. M.

»Quédanme que denunciar muchos otros, particularmente en los víveres. La carne no ha alcanzado á suministrar más de media ración, y estaba tan hedionda que presumo haya sido la causa de las enfermedades y muertes: ningún perro del Jardín de Plantas de París la hubiera comido. Al llegar aquí nos quedaban 64 velas de sebo con que alumbrar la nave, y ha sido falta tan sensible como la que más.»

Céspedes asentó la creencia de haber costado la campaña del año á los ingleses 20.000 hombres y gruesas sumas de dinero ¹, si bien no la refiere solamente á la jornada de Cádiz; engloba todas las operaciones, incluyendo la del bloqueo de Dunquerque, y en esta sola, durante el temporal del mes de Octubre, que dispersó á la escuadra grande, naufragaron en la costa cinco naves, juntamente con siete holandesas, viéndose las playas sembradas de despojos; como que de 42 bajeles bloqueadores no quedaron más de ocho enteros, corriendo unos á Inglaterra, otros á Holanda desaparejados. Entonces fué cuando, saliendo los nuestros de Mardick, quemaron 54 embarcaciones de las pesquerías de arenque é hicieron considerable número de presas ².

¹ Folio 248.

² Entre las relaciones impresas que narraron el ataque de Cádiz, mencionadas en el Apéndice general, algunas refirieron la campaña de la escuadra de Flandes. Quedan además otras Memorias manuscritas: en la Biblioteca Nacional, *Relación de los sucesos de Cádiz, descripción de la ciudad y prevenciones de guerra que hizo el Duque de Medina-Sidonia*; en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*,



Al final de la jornada hubo episodio interesante de especie secreta. Salieron correos de la corte reventando caballos con cédulas dictadas, por temor de que las flotas sirvieran de trofeo al enemigo derrotado; mandábase salir de Lisboa á Larraspuru con las naves que hubiera en el puerto; á Cropani y Ribera con las de Cádiz; á D. Fadrique de Toledo con todas, agregando por embargo cuantas sirvieran para hacer bulto; prescribía el mandato suplir la falta de marineros con los prisioneros holandeses de San Salvador, porque pagándolos bien, y teniendo cuidado con la pólvora y el timón, no serían de inconveniente, y habríalo muy grande en minorar la escuadra, siquiera una parte de ésta fuera de apa-

tomo xciv, núm. 30, *Relación de lo sucedido con la armada enemiga en la bahía de Cádiz desde 1.º de Noviembre hasta 5 del mismo, y lo que el Duque de Medina-Sidonia dispuso para la defensa de la ciudad, año 1625*. En el recuerdo se inspiraron, como dicho queda, D. Rodrigo de Herrera, para componer la comedia titulada: *La fe no ha menester armas, y venida del inglés á Cádiz*; el Dr. Gabriel de Ayrolo Calar, *Epitome de la entrada que hizo la armada de Inglaterra en la bahía de Cádiz y sitio que le puso en el año 1625. El felice suceso que tuvo contra ella. Canto en tres voces*. Impreso en Cádiz en 8.º; y el pintor Eugenio Caxés, para el cuadro histórico que figura en el Museo Nacional. Nos conserva éste el retrato de D. Fernando Girón sentado en el sillón portátil, al pie de los muros de Cádiz, dictando órdenes que ejecuta la tropa marchando ordenadamente. Varios personajes con bandas y bastones de mando general, están á su frente; D. Diego Ruiz, D. Luis Portocarrero, el duque de Cropani, D. Roque Centeno; D. García de Toledo, marqués de Villafraanca y duque de Fernandina, próximo á la galera capitana, con estandarte real y flámulas, como esperando su embarque, mientras las otras, más distantes, hacen fuego al enemigo. En el fondo se representa la escuadra inglesa, próxima al castillo del Puntal, por donde se reembarcan precipitadamente los invasores perseguidos, nadando algunos. En Inglaterra y Francia debieron darse á luz también varias relaciones con que satisfacer la curiosidad; tres con narraciones novelescas he tenido á mano, á saber:

Le succes de la nouuelle entreprise de la grande flotte des Anglois contra les Espagnols, avec le recit de ce qui c'est passé de part et d'autre a la prise de l'Isle de Gady. A Paris, por Isaac Mesnier, 1625. Auec permission, 8.º

La furieuse charge et sanglante defaict, donné par les Anglois et Holandois sur l'armée naualle des Espagnols, ensamble la prise de sept Gallions chargez de bleds et autres munitions, avec le nombre de morts et blessez. Translaté d'Anglois en François. Louxte la coppie imprimé à Londres, par Clement Cheuallier, 1625.

Le furieux combat nouvellement donné entre la grande Flotte des Anglois et l'Armée Espagnole, avec tout ce que s'est véritablement passé de part et d'autre. A Paris, chez Pierre Ramier, 1625. Auec permission.

Don Enrique Serrano Fatigati escribió noticia del pintor Caxés y de su cuadro en la *Ilustración Española y Americana* de 22 de Agosto de 1896.



riencia, pues no se había de poner el General en ocasión de pelear, antes procuraría evitarlo ¹.

Afortunadamente para D. Fadrique (y para todos) no llegó á salir á la mar con los navíos de comedia que le armaban desde Madrid, porque las flotas entraron en Cádiz el 29 de Noviembre, trayéndolas el Marqués de Cadereyta por rumbo que no cortaron los enemigos ni tampoco más de 40 barcos ligeros que se habían despachado llevándole avisos del peligro; suceso que estimó S. M. providencial, y por él decretó que en todo el reino se celebrara fiesta anual el 29 de Noviembre en hacimiento de gracias ².

¹ Correspondencia de D. Fadrique de Toledo; *Colección Navarrete*, t. xxxviii.—
Correspondencia del Duque de Medina-Sidonia; ídem, t. xxxii.

² Disposición impresa.

